

TOROS EN LA VISITA DE ISABEL II A CÓRDOBA, 1862

Manuel Ángel García Parody*



I. EL CONTEXTO DEL VIAJE



mediados de agosto de 1862 las autoridades cordobesas recibieron una notificación de la Casa Real en la que se anunciaba un inminente viaje de la reina Isabel II y la Familia Real a diversas poblaciones del sur de España entre las que se incluía Córdoba. Inmediatamente, el 16 de agosto, Manuel Ruiz Higuero, alcalde-corregidor de la ciudad y gobernador civil de la provincia, hizo saber a través de la prensa local que la recepción a los egregios visitantes debería ser “majestuosa y digna” y requirió la colaboración de todos, en especial del vecindario, para que la ciudad presentara un aspecto digno y limpio¹.

El propósito de esta gira –que abarcaba casi toda Andalucía y el sudeste peninsular– era potenciar la popularidad de la Corona en unos momentos en que el gobierno de la Unión Liberal, presidido por Leopoldo O’Donnell desde 1858, presentaba claros síntomas de agotamiento y cada vez más se acrecentaba en los medios urbanos la fortaleza de las formaciones antidinásticas, especialmente los republicanos.

* Académico correspondiente por Córdoba de la Real Academia de la Historia.

¹ *Diario de Córdoba* 17 de agosto de 1862. Véase también (Espino Domínguez, 2009: 287 y ss).

En este contexto, en junio de 1861 se produjo una intensa revuelta social motivada por las pésimas condiciones de vida de los jornaleros, que se extendió por varias poblaciones del centro de Andalucía. La encabezó el albéitar de Loja Rafael Pérez del Álamo y se inició con el asalto del cuartel de la Guardia Civil de la localidad cordobesa de Iznájar al grito de «¡Viva la República y muera la Reina!». La insurrección, que tuvo en Loja su principal epicentro y que Juan Díaz del Moral calificó como una de las primeras muestras del “socialismo indígena”, fue sofocada



Fig. n.º 1.- *Medalla conmemorativa de la visita de Isabel II a Andalucía.* Todas las imágenes de este artículo han sido facilitadas por el autor del mismo.

un mes más tarde. La represión no fue excesivamente dura para lo que se acostumbraba en aquellas fechas: se fusilaron a seis insurrectos y algo más de medio centenar fueron condenados a penas de cárcel. La mayoría de los sublevados se libró de la represión, entre ellos Rafael Pérez del Álamo, que consiguió huir a Madrid (Díaz del Moral, 1968: 75).

Los sucesos de Andalucía, en los que los revolucionarios contaron con el apoyo de los republicanos del Partido

Demócrata, dejaron muy tocado políticamente al presidente O'Donnell. Para recuperar su prestigio, el Gobierno decretó posteriormente una amnistía, a la que se pudo acoger Rafael Pérez del Álamo, y organizó la gira andaluza de Isabel II por el escenario de aquella insurrección para presentarla como una soberana magnánima cuyo Gobierno era capaz de perdonar a quienes se habían alzado contra ella. Ni que decir tiene que las razones que provocaron aquella revuelta de 1861 aún siguieron estando vivas, sin que el Gobierno hiciera nada más allá de la caridad y del perdón calculado para remediarla.

II. LOS PREPARATIVOS

Una vez confirmada la visita real a Córdoba se iniciaron los preparativos de acuerdo con las indicaciones de los funcionarios de la Corte al Gobierno Civil, Diputación y Ayuntamiento. A tal efecto se constituyó una comisión, integrada por los señores don Rafael Barroso, don Antonio Junguito, don Ángel Hidalgo y don Juan Rodríguez Sánchez, que se encargaría de ejecutar dichos preparativos².

La primera cuestión a resolver de cara a la visita de la Real Familia era el alojamiento de sus miembros y de la amplia comitiva que les acompañaba. Para ello el 18 de agosto se personó en Córdoba el conde de Oñate, inspector general de Palacio, a fin de supervisar las estancias del Palacio Episcopal, que tradicionalmente acogía a los reyes en sus visitas a Córdoba desde tiempos de Felipe II. Don Rafael Pineda, teniente de alcalde, don Ángel Hidalgo del Riego, concejal, el conde de Hornachuelos, el marqués de Villaverde y don Rafael Cabrera se encargarían de supervisar las obras y trabajos a realizar en la residencia episcopal cordobesa³.

² Archivo Municipal de Córdoba (AMC). Visitas reales. Caja 0005. Doc. 032.

³ *Diario de Córdoba* 20 de agosto de 1862.

Además había que buscar acomodo al abundante séquito que venía en la comitiva real. Los cargos más importantes de la Corte se alojarían en el mismo Palacio Episcopal. Estos eran el mayordomo de la Reina, su aya, el caballero mayor del Rey consorte, el mayordomo de Sus Altezas, el confesor real, el jefe de los alabarderos, el administrador general de Palacio, el general de la Real Casa y el inspector general de Palacio, todos acompañados de sus criados, así como el médico de cámara, el boticario mayor, el jefe de cocinas, los oficiales de repostería y platería con sus ayudantes y un aguador.

En domicilios particulares cercanos al Palacio Episcopal se instalarían los gentilhombres y monteros de cámara, ujieres y porteros, el secretario particular de la Reina, el resto del personal sanitario —otro médico, el cirujano mayor y un practicante—, los coroneles ayudantes del Rey y de la Reina con sus secretarios, el secretario y oficial de la camarera mayor, los oficiales del administrador general e inspector general, el aposentador general, el maestro de canto de la Reina, el ayudante del guardajoyas, caballeros de campo, correos, tronquistas, lacayos y palafreneros. A ellos hay que añadir dieciséis cocineros de la Casa Real que precedieron a la entrada de los Monarcas y su Corte con la batería de cocina del Palacio⁴.

⁴ AMC. Visitas reales. Caja 0005. Doc. 032. Las casas del barrio de la Catedral ofertadas como alojamiento fueron las de la condesa de Brunell, conde de Zamora, Juan Manuel Trevilla, José Jover, Miguel Castiñeira y Rosel de la Torre, que acogieron respectivamente al maestro de canto, un médico de cámara, aposentador, secretario, mayordomo mayor y un montero, así como las de los señores Duncan, Francisco Milla, Roque Aguado, Antonio María Toledano, marquesa de las Escalonías, Pedro Trevilla, Manuel Eguilior, Carlota Alcalá, José María Trevilla, Antonio López Zapata, Francisco Vázquez y Nicolás Montes. El arzobispo Claret cambió su residencia al Seminario Diocesano, donde estuvo con el obispo auxiliar de Sevilla (*Diario de Córdoba* 17 de septiembre de 1862).

Junto a los miembros de la Corte, figurarían en la comitiva regia el presidente del Consejo de Ministros, Leopoldo O'Donnell, y los ministros de Estado –Saturnino Calleja Collantes– y Fomento –Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega Armijo–, que se alojarían en domicilios de aristócratas cordobeses. Con ellos también hicieron acto de presencia en la ciudad los diputados en Cortes señores León y Medina –de Villa del Río– y García Torres –de Posadas–⁵.



Fig. n.º 2.- *Palacio episcopal. Córdoba.*

Por último, una visita de los Reyes y su Corte exigía una presencia militar importante, más allá de lo que representaba la guarnición de la capital. A partir del 9 de septiembre empezaron a llegar soldados integrantes del escuadrón del Regimiento de Caballería de Sagunto, del batallón del Regimiento de Infantería de Sevilla, los encargados de efectuar las salvas de artillería en el Paseo de la Ribera y el Cuerpo de Alabarderos de Palacio con

⁵ *Diario de Córdoba* 6 de septiembre de 1862.

su banda de música. Todos ellos se acomodarían en diferentes cuarteles de la ciudad⁶.

Cuestión de importancia en esta visita eran los vehículos y caballos que debían ponerse al servicio de la comitiva, para lo cual se dirigieron oficios a diversos señores a fin de disponer de sus coches y caballos. Las respuestas de los interpelados a las peticiones fueron en general bastante renuentes, siendo especialmente llamativa la negativa del conde viudo de Torres Cabrera, poseedor de unos magníficos carruajes de lujo que deberían haber sido utilizados por los Reyes y que por un malentendido, en el que no faltó la intriga política, no pudieron ser empleados: algunos creyeron que el conde viudo de Torres Cabrera, destacado miembro del Partido Conservador y enemigo político de O'Donnell, no había querido colaborar en un viaje cuyos réditos políticos beneficiarían a éste y a su partido, la Unión Liberal, en unos momentos en los que era evidente el agotamiento político del duque de Tetuán por su dilatada presencia al frente del Gobierno⁷.

III. PRESUPUESTOS DEL VIAJE REAL

Capítulo fundamental en un acontecimiento como la visita de los Reyes era el presupuestario. La prensa local recogió unas informaciones de medios de comunicación madrileños acerca de que la Reina había prevenido a los municipios que iba a visitar que no se admitieran otros gastos que los que se pudieran cubrir con los sobrantes de los presupuestos provinciales y municipales —cosa harto improbable por el estado de carencia de sus cuentas— y que esos gastos se invirtieran preferentemente en obras de utilidad pública⁸. Pese a estas recomendaciones las ciu-

⁶ *Diario de Córdoba* 11 y 13 de septiembre de 1862.

⁷ AMC. Visitas Reales. Caja 0005, Doc. 34. Véase también (Aguilar Gavilán, 1998).

⁸ *Diario de Córdoba* 9 de septiembre de 1862.

dades incluidas en el programa de la gira real no tuvieron reparos en emplear grandes sumas de dinero para contribuir con ello a la exaltación de la Monarquía, cada vez más cuestionada por la ineficacia del sistema político vigente. Al fin y a la postre ésta era la principal razón del periplo real.

La Diputación Provincial de Córdoba ofreció al Ayuntamiento de la capital el 21 de agosto un crédito inicial de 300.000 reales, consignado en el capítulo 8º de su presupuesto, para gastos de la visita regia y «que no se repare en ellos», al tiempo que remitía un programa de festejos para concordarlo con el que proyectaba la municipalidad. Posteriormente, el 10 de enero de 1863, se añadieron otros 500.000 reales que habrían de devolverse en cinco anualidades⁹. A esos recursos, que se destinarían fundamentalmente a obras de infraestructuras, festejos y exorno de la ciudad, el alcalde quiso sumar las aportaciones de los gremios, a los que convocó el 21 de agosto con escasa respuesta, y colectivos ciudadanos. Únicamente hay constancia del ofrecimiento de la Hermandad de Labradores para construir a sus expensas un arco del triunfo en la Cruz del Rastro y el de los funcionarios de Hacienda, que pagaron los 8.000 reales de la iluminación de la fachada de su sede con un 10 % de su sueldo mensual que ascendió al 30 % por parte de los jefes¹⁰.

Otra partida de gastos fue la que se dedicó a la beneficencia, capítulo en el que mostraba especial predilección la Casa Real a fin de ligar su visita con ayudas destinadas a los más humildes y menesterosos, que encontrarían en la munificencia regia un consuelo para sus miserias. Esta idea respondía más a un trasnochado concepto de la caridad y no al de una verdadera justicia social que no se conformaba con esas ayudas puntuales y propagandísticas.

⁹ AMC. Visitas Reales. Caja 0005, Doc. 34. Véase también (Espino Jiménez, 2009).

¹⁰ *Diario de Córdoba* 21, 26 y 29 de agosto de 1862.

Entre las donaciones para estas ayudas el comercio cordobés acordó aportar el 10 % de su contribución para lotes de menestra y pan a los pobres; el Colegio de Escribanos ofreció repartir dos mil reales a los necesitados en lotes de cuatro; los notarios eclesiásticos y los procuradores entregaron otros dos mil reales en comidas para los presos, y la Hermandad de Labradores también dos mil reales para huérfanos e hijos de campesinos pobres¹¹. A esas cantidades se sumarían los 206.000 reales que la Reina dejó para los pobres, establecimientos benéficos, parroquias, hospitales y conventos de la capital y pueblos en tránsito¹².

IV. PROGRAMA DE LA VISITA REAL

Desde el mismo momento en que se supo la visita de Isabel II a Córdoba se empezó a hablar de las obras y festejos que se deberían acometer. No debe olvidarse que a mediados del siglo XIX la vida cordobesa transcurría sin apenas sobresaltos, por lo que acontecimientos de este tipo se convertían en una ocasión única para emprender reformas en la ciudad y plantear un programa de actos capaces de romper la monotonía diaria. La prensa local ya se hizo eco el mismo 21 de agosto de que en los días de estancia de la Corte habría «excursiones campestres, bailes en el Círculo, luces en las puertas y torres de la ciudad, fuegos artificiales, toros, ferias [...] que dejarían un recuerdo imperecedero»¹³.

LAS OBRAS PÚBLICAS

Las obras a realizar afectaban a los lugares que iba a visitar el cortejo real y a las construcciones efímeras, como arcos de triunfo y tiendas de campaña, que se levantarían. El 22 de agos-

¹¹ *Diario de Córdoba* 24 y 26 de agosto de 1862.

¹² *Diario de Córdoba* 19 de septiembre de 1862.

¹³ *Diario de Córdoba* 21 de agosto de 1862.

to Ayuntamiento y Diputación suscribieron un acuerdo sobre el programa de la visita, que empezaría con una recepción de la comitiva en el límite de la provincia, donde se colocarían un arco y tiendas de campaña para obsequiar con un bufé a los recién llegados. Otras tiendas de campaña se ubicarían en la entrada de Córdoba, en el lugar conocido como la Choza del Cojo, y desde ellas partiría la comitiva regia para hacer su entrada en la ciudad por Puerta Nueva, engalanada al efecto con un arco triunfal de arquitectura efímera. Desde allí la Familia Real y acompañantes seguirían por San Pedro, Poyo, Corredera, Espartería, Librería, San Fernando, Carrera del Puente y Grada de la Catedral hasta el Palacio Episcopal, recorrido jalonado con arcos triunfales costeados por los gremios de la ciudad.

En los días de permanencia de la Familia Real en Córdoba habría un Tedeum en la Catedral, visitas a iglesias, conventos y centros de beneficencia, una excursión a las ermitas y la celebración de una Feria extraordinaria en el Real de la Salud. Todo ello iría acompañado de fuegos artificiales, iluminaciones extraordinarias, bailes regionales, comidas extraordinarias en los centros de beneficencia, reparto de pan a los pobres y una corrida de toros. Incluso se habló de la posibilidad de colocar fuentes de vino en algunos puntos de la ciudad¹⁴.

El programa de obras a ejecutar era muy complejo, dado el lamentable abandono que sufría buena parte de la ciudad y la premura con que esas obras debían acometerse. Se hicieron obras en la plaza de la Corredera y en las calles que iban a recorrer los Reyes, algo que requería especial urgencia en determinadas zonas «para que pierdan su repugnante aspecto»¹⁵. El

¹⁴ *Diario de Córdoba* 23 de agosto de 1862. Las fuentes de vino no llegaron a hacerse por el coste que suponían y por los efectos que podían ocasionar en quienes iban a tener la oportunidad de beber gratuitamente.

¹⁵ *Diario de Córdoba* 22 de agosto de 1862. Hacía especial referencia a la Carrera del Puente.

alcalde emitió un bando el 30 de agosto recordando a los vecinos que había que blanquear y decorar las casas del itinerario con colgaduras e iluminaciones. También acometió la municipalidad la nivelación de los terrenos del caño de Puerta Nueva y la colocación de baldosas en la calle San Fernando y empedrado en la de Carnicerías, la iluminación de las Casas Consistoriales y otros edificios y la colocación de un lienzo para tapar un solar entre la calle Alfaro y la Puerta del Rincón. A todo esto había que añadir una partida importante para el arreglo de los caminos que conducían a las ermitas, cuya visita se incluía en el programa del viaje real¹⁶.

Diversas instituciones colaboraron en el exorno de la ciudad: el Círculo de la Amistad, la Delegación de Hacienda, la sociedad propietaria de la Plaza de Toros, la Compañía de Ferrocarriles y el Obispado, que efectuó importantes reformas en el interior y muros de la Mezquita-Catedral, mejora de los herrajes del Palacio Episcopal e iluminaciones en las torres de las iglesias que al final se limitaron únicamente a la de San Andrés¹⁷.

A estas obras se unieron las que podríamos denominar de arquitectura efímera, tan frecuente en este tipo de acontecimientos, como ya ocurriera en la visita de Carlos IV en 1796. Quizás lo más relevante fue el arco triunfal que se erigió en Puerta Nueva, del que se conservan fotografías de la época¹⁸.

Los presupuestos para estas obras salieron de los bolsillos de los propietarios de viviendas, gremios e instituciones locales, y de los fondos librados por la Diputación Provincial. Un problema añadido a las ya de por sí exhaustas arcas públicas fue el derivado de la urgencia de las obras y las trabas burocráticas que se ocasionaban en cualquier obra pública. Este problema fue

¹⁶ *Diario de Córdoba* 26 de agosto, 3, 5, 12 y 13 de septiembre de 1862.

¹⁷ *Diario de Córdoba* 28, 29 y 30 de agosto de 1862.

¹⁸ *Diario de Córdoba* 9, 12 y 13 de septiembre de 1862.

resuelto por el gobernador civil autorizando a la Corporación municipal a que ejecutase por “administración” las mejoras que tuviese proyectadas y los servicios que necesitase. De esta forma la municipalidad contó con la agilidad necesaria para afrontar los abundantes proyectos que había de ejecutar en un plazo inferior a un mes¹⁹.

LOS AGASAJOS

El Ayuntamiento y la Diputación Provincial acordaron un amplio programa de actos y agasajos para festejar y popularizar la visita de Isabel II y su familia. Entre ellos destacaron funciones de fuegos artificiales, la presencia en la ciudad de todas las bandas de música de la provincia, comidas a los centros benéficos y reparto de alimentos para los pobres, juegos florales organizados por las Sociedades Literarias para enaltecer a la Reina, la celebración de la Feria de la Fuensanta en el Real de la Feria y una corrida de toros. A ello se añadió la compra por parte de la Diputación Provincial de un caballo de pura raza española, criado en la provincia y enjaezado a la andaluza, para regalárselo al Príncipe de Asturias.

Uno de los actos de mayor repercusión popular tendría que ser el traslado de fecha y escenario de la Feria de Nuestra Señora de la Fuensanta para hacerla coincidir con la visita de Isabel II. A tal efecto la Alcaldía remitió el 27 de agosto un escrito al Gobierno Civil pidiendo la correspondiente autorización para esos festejos, que se celebrarían en el Paseo de la Victoria y que contaban con la colaboración de los ganaderos, autorización que fue concedida²⁰. Para que la Feria fuera un gran espectáculo popular se decidió que se levantaran casetas similares a las que se hacían en los festejos de mayo y una especial para los

¹⁹ AMC. Visitas reales. Caja 0005. Doc. 34.

²⁰ AMC. Viajes reales. Caja 0005. Doc. 34.

Reyes; además, para que no se perdiera la vinculación de la Feria con la devoción a la Virgen de la Fuensanta, se acordó trasladar la venerada imagen desde su Santuario a la Real Colegiata de San Hipólito, cosa que se hizo el 12 de septiembre²¹.

También despertó la lógica expectación el anuncio de una corrida de toros con presencia de Sus Majestades. Para aquellas fechas Córdoba contaba con un coso taurino estable, por lo que no era preciso abordar los altos costes que suponía la adaptación de la plaza de la Corredera para celebrar espectáculos taurinos, como había ocurrido en la visita de Carlos IV a la ciudad en 1796 (García Parody, 2013).

Los primeros precedentes de una plaza de toros los tenemos en la construcción de una de madera y con carácter efímero en el Campo de la Merced en 1759 para albergar las fiestas que se celebraron con motivo de la proclamación de Carlos III como rey. En 1789 se levantó una plaza similar en el mismo sitio que apenas duró unos años, y en 1815 otra que se mantuvo hasta 1831. La plaza que se edificó en la Ronda de los Tejares fue una iniciativa del industrial tipógrafo Joaquín Manté, que constituyó una sociedad de accionistas para el nuevo coso taurino. La obra se empezó a ejecutar en los terrenos de la antigua Huerta Perea desde 1844 según el proyecto del arquitecto Manuel García del Álamo, que utilizó como materiales de construcción restos del cercano convento de Capuchinos que había sido desamortizado. Se inauguró en la Feria de la Salud de 1846 con una corrida en la que participaron los diestros *El Barbero* y Francisco Arjona *Cúchares*.

En este coso, con una capacidad para 8.287 espectadores, se celebraría la Corrida regia de 1862. Un año más tarde ardió la plaza a causa de un incendio provocado por un cigarro mal apagado en la noche del 15 de agosto de 1863, después de la termi-

²¹ *Diario de Córdoba* 28 de agosto y 13 de septiembre de 1862.

nación de una novillada. El fuego afectó a la parte de madera que correspondía a la grada cubierta y a los palcos.

En 1868 la Sociedad propietaria de la plaza de toros de Córdoba logró su restauración. En la nueva obra, dirigida por el arquitecto Amadeo Rodríguez, el hierro y los materiales de fábrica sustituyeron a la madera. Dos grandes diestros cordobeses, Manuel Fuentes *Bocanegra* y Rafael Molina *Lagartijo*, tuvieron el honor de reinaugar el coso de los Tejares, que se

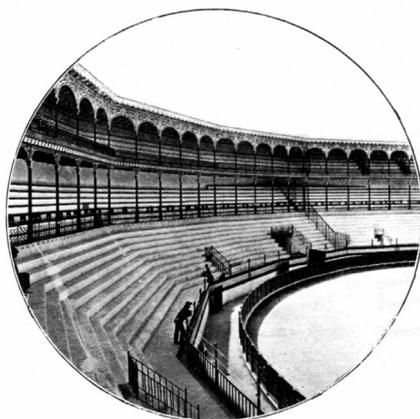


Fig. n.º 3.- Plaza de toros de los Tejares.

mantendría en pie hasta los pasados años sesenta, con un aforo de más de 10.000 espectadores²².

El 26 de agosto se subastó el arrendamiento de la plaza de toros para dichas corridas, ganando inicialmente la puja el señor Gandulfo por 30.000 reales. En principio se pensaron dos fun-

²² (Montis, 1989: 29 y ss.). Estas *Notas* reproducen una serie de artículos del autor que aparecieron en el *Diario de Córdoba* y que fueron recopilados en la Imprenta del Diario de Córdoba en 1914.

ciones en las que el coso de los Tejares sería exornado con colgaduras uniformes en los palcos y barandillas, se blanquearía por dentro y por fuera y dispondría de iluminaciones con vasos de colores y bengalas. Pese a haber ganado la puja, el señor Gandulfo fue vetado por la Sociedad de la Plaza de Toros en uso de su derecho de admisión, y al final fue la que decidió organizar los festejos, que quedaron reducidos a una sola corrida.

El 2 de septiembre se anunció que participarían en la misma los diestros Manuel Domínguez *Desperdicios* y Manuel Fuentes *Bocanegra*. Finalmente el 10 del mismo mes se hizo público el cartel definitivo para el festejo, que tendría lugar el 15 de septiembre a partir de las 4 de la tarde: los toros serían de la ganadería cordobesa de Rafael José Barbero²³; a los diestros anunciados se incorporó Jacinto Machio, para matar y banderillar los dos últimos morlacos; se anunciaron como picadores Manuel Ceballos, Juan Fuentes, Juan Antonio Mondéjar, Manuel Pérez y Rafael Bejarano como suplente. Se fijaron también los precios, que oscilaban desde los 500 reales de los palcos de sombra hasta los 3 de los tendidos²⁴.

Manuel Domínguez, conocido como *Desperdicios*, nació en Gelves –Sevilla– en 1816 y aprendió el oficio de torero en la escuela que dirigía el legendario Pedro Romero. Hombre aventurero, viajó por América actuando como torero en Montevideo,

²³ (Alfonso Candela, s.f.: 4 y 5) La ganadería de don Rafael Barbero se formó con vacas procedentes de la de don Álvaro Muñoz, originaria de 1786, y toros de la de Cabrera. Se estrenó por primera vez en Madrid, con divisa roja, blanca y amarilla, el 19 de septiembre de 1852. Véase también (Campos, 1998).

²⁴ *Diario de Córdoba* 28 y 29 de agosto y 4 y 9 de septiembre de 1862. Los precios de las localidades fueron:

«Sombra: Palcos, 500 reales; barandillas, 38; centro y grada cubierta, 6; antepecho de tendidos, 12; última grada de tendidos, 6 y centro de tendido, 4. Sol: Palcos, 300 reales; delantera de palco, 30; centro, 15; barandilla, 12; última grada cubierta, 6; centro de grada cubierta, 4; antepecho de tendido, 8; centro de tendido, 3; andanada, 4».

Rio de Janeiro y Buenos Aires. De regreso a España tomó la alternativa en 1853 y en poco tiempo se convirtió en uno de los diestros más populares, destacando por su valentía y fortaleza física. En 1857, toreando en El Puerto de Santa María con *El Tato* sufrió un grave percance que le hizo perder un ojo. Con los años mermaron sus facultades, aunque ello no le impidió torear hasta 1871. Falleció en Sevilla en 1886.²⁵



Fig. n.º 4.- Manuel Domínguez “Desperdicios”.

Manuel Fuentes *Bocanegra* nació en Córdoba el 21 de marzo de 1837 en una familia de raigambre taurina. Después de formar parte de una cuadrilla de toreros infantiles, ingresó en la de su maestro Manuel Domínguez y debutó como subalterno en

²⁵ Su apodo de *Desperdicios* tiene una doble versión. Para unos viene de un comentario de Pedro Romero cuando lo vio torear en su escuela. «Este muchacho no tiene desperdicio». Para otros se debe a una frase que pronunció al perder el ojo en la plaza del Puerto de Santa María y arrojar al albero el globo ocular: «Esto no son más que desperdicios».

una corrida celebrada en Madrid el 11 de marzo de 1860. Tras la muerte de *Petete*, ídolo taurino de Córdoba, el 20 de abril de 1862, Manuel Fuentes tomó la alternativa en El Puerto de Santa María el 31 de agosto de dicho año, siendo su padrino Manuel Domínguez; tres años después la confirmaría en Madrid con Curro *Cúchares*. Con gran número de seguidores en Córdoba y Sevilla, Manuel Fuentes *Bocanegra* fue un matador bravo y temerario que sufrió numerosas heridas porque su agilidad no acompañaba a su valentía. Durante algunos años toreó con regularidad en los mejores cosos siendo uno de los que inauguró la nueva plaza de toros de Madrid el 4 de septiembre de 1874 y uno de los elegidos para participar en la corrida celebrada con motivo de la boda de Alfonso XII con María de las Mercedes de Orleans los días 25 y 26 de enero de 1878. Con sus facultades físicas muy mermadas, el 16 de junio de 1889 mató sus últimos toros en la plaza de Madrid en lo que se anunció como su definitiva retirada de la Fiesta. Cuatro días después, el 20 de junio, un toro cincheño de la ganadería de don Agustín Sánchez segó su vida en la plaza de Baeza. Aquella tarde se celebraba una corrida infantil y, como los morlacos eran de especial trapío, el empresario pidió al torero *Melo*, que se hallaba con su tío *Bocanegra* en el tendido, que tomara el acero para finiquitar la faena. El cuarto ejemplar de la tarde, *Hormigón*, embistió a *Melo* y lo dejó abatido en el suelo. Su tío se lanzó al ruedo para hacerle un quite con tan mala fortuna que el toro alcanzó su muslo derecho cuando iba a refugiarse en un burladero. La herida, de extrema gravedad, le provocó la muerte al día siguiente. Fallecía así un torero de especial pundonor que alcanzó, si no la admiración, al menos el respeto de todo el planeta de los toros en su época.²⁶

²⁶ (Alfonso Candela, 1998: 27-33). Manuel Fuentes *Bocanegra* era descrito como «un hombre más bien alto que bajo, grueso, de tez morena, pelinegro y cejijunto, de carácter serio, formal, amante de su familia, buen amigo, exacto cumplidor de sus compromisos, y en su deseo de agradar y complacer jamás reparaba en nada con tal de que el público se mostrase con él contento y satisfecho».

V.- LA VISITA REAL

LA RECEPCIÓN A LA ENTRADA DE LA PROVINCIA

A mediodía del sábado 13 de septiembre partieron hacia el límite de la provincia de Córdoba para recibir a la Reina y sus acompañantes el capitán general de Andalucía, general Genaro Quesada, y el comandante general de la provincia de Córdoba, brigadier Juan Guillén; ese mismo día por la noche marchó al mismo destino una representación de la Diputación Provincial acompañados por el cronista de Córdoba, Luis Maraver y



Fig. n.º 5.- Manuel Fuentes "Bocanegra".

Alfaro, y el director del periódico sevillano *La Andalucía*, Francisco Tubino, encargado de escribir la crónica de todo el viaje real. También se dirigieron al límite provincial el gobernador civil y los diputados a Cortes Esteban León y Juan García Torres.

En el límite de las provincias de Jaén y Córdoba, a poca distancia de Villa del Río, se había levantado un artístico arco triunfal con tienda de campaña, diseñados por el arquitecto

Pedro Nolasco Meléndez. En sus cercanías, desde primeras horas de la mañana del domingo 14 de septiembre, se congregó un abundante gentío procedente de Villa del Río y poblaciones cercanas, pese a que no se sabía con exactitud la hora en que se presentaría la comitiva y a la abundante lluvia que estaba cayendo y que, convertida en un auténtico temporal, destruyó la mayor parte de la tienda real.

A las seis y media de la mañana llegaron al límite de la provincia el presidente del Consejo de Ministro, general Leopoldo O'Donnell, su esposa y los ministros de Fomento, marqués de la Vega de Armijo, y de Estado, Saturnino Calderón Collantes. Unas horas después, al tiempo que se apaciguaban las malas condiciones climáticas, llegó la comitiva real. Eran las once menos cuarto de la mañana. El carruaje de la Reina se detuvo bajo el arco que se había levantado en la carretera y la soberana recibió las primeras felicitaciones de las autoridades que la aguardaban así como los entusiastas saludos de las gentes que ahogaban los sonos de la Marcha Real interpretada por la banda de música de Bujalance.

Desde el lugar de recepción la familia real se trasladó a la plaza principal de Villa del Río escoltada por jinetes ataviados a la andaluza. Tras abandonar Villa del Río la comitiva se dirigió a Montoro, Pedro Abad, Bujalance, El Carpio y Villafranca de Córdoba. En todas las poblaciones sus autoridades no repararon en gastos para levantar arcos triunfales y tiendas de campaña con toda clase de manjares para obsequiar a Sus Majestades quienes, de su parte, hicieron breves paradas para corresponder a estos agasajos y a las aclamaciones que recibían.

LA RECEPCIÓN EN CÓRDOBA

Por fin la comitiva real llegó a las cercanías del arroyo Pedroches donde, en el lugar conocido como la Chozza del Cojo, la municipalidad de Córdoba iba a recibir a los soberanos.

A las tres y media de la tarde empezaron a repicar las campanas de todas las iglesias al tenerse noticia de que la caravana regia descendía por la cuesta de Rabanales. Pocos minutos después los Reyes se apearon de su carruaje y entraron en la tienda después de recibir los saludos de las autoridades y del gentío allí congregado. Tras permanecer por espacio de una hora en la tienda para el aseo y cambio de ropas, los Reyes y acompañantes pasaron a ocupar los hermosos carruajes puestos a su disposición. La Reina salió de sus aposentos ataviada con un elegante



Fig. n.º 6.- *Pabellón de descanso en la Chozza del Cojo, a la entrada de Córdoba.*

traje color rosa y con una rica y brillante corona sobre su cabeza, mientras que el rey consorte trocó sus prendas civiles por el uniforme de capitán general; los hijos lucieron sendos trajes andaluces que les había regalado la ciudad de Andújar.

Sus Majestades ocuparon el coche del marqués de Benamejé en cuyas proximidades y a caballo se colocó el presidente del Consejo de Ministros. Entre el frenesí de la gente, la comitiva a duras penas pudo llegar a Puerta Nueva donde los

soberanos, a eso de las cinco de la tarde, pudieron contemplar el espectacular arco que había ordenado levantar la corporación local. Lo había diseñado el arquitecto municipal y había sido decorado en su parte arquitectónica por el profesor Rafael de Luque y Lubián y en las pinturas por José Marcelo Contreras.

Al llegar a Puerta Nueva se dispararon las salvas de ordenanza, volvieron a repicar las campanas y resonaron otra vez las vibrantes marchas interpretadas por las bandas de música. La comitiva real recorrió la plaza de San Pedro, calle del Poyo, plaza de la Almagra, plaza de la Corredera, calles Espartería, Librería, Feria, Cruz del Rastro, carrera del Puente, calle Mesón del Sol y Grada Redonda hasta la Puerta del Perdón de la Mezquita-Catedral. En ese recorrido la Hermandad de Labradores había alzado un arco al final de la calle de la Feria con figuras y leyendas alusivas a la agricultura y la ganadería.

En la Puerta del Perdón aguardaban a los egregios viajeros el obispo y clero catedralicio y parroquial. Delante de la puerta se había colocado un altar bajo dosel y unos almohadones para uso de Sus Majestades y Altezas Reales, que llegaron a las cinco y treinta y cinco. Los soberanos e hijos besaron la cruz que portaba el obispo y entraron bajo palio en las imponentes naves de la Mezquita-Catedral. Al llegar al altar mayor se entonó un *Te Deum* y los monarcas se arrodillaron para rezar. Concluida las oraciones el obispo impartió la bendición a la familia real y acompañantes.

A las seis y cinco la comitiva regia salió por la Puerta del Perdón y se dirigió al Palacio Episcopal, residencia de los soberanos. Allí les aguardaban el obispo, gentiles-hombres de Cámara, títulos de Castilla, diputados a Cortes, Ayuntamiento y representaciones de las diferentes instituciones civiles y militares. Los soberanos departieron con los asistentes y salieron al balcón del Palacio Episcopal para saludar a la gente que estaba esperando, dando así por concluida la primera jornada de estan-

cia en Córdoba. En Palacio permanecieron la familia real y ciento quince servidores; el resto de la comitiva se alojó en casas particulares. Mientras, vistosas luminarias alumbraron la ciudad aquella noche del 14 de septiembre, luminarias que se mantuvieron durante toda la estancia de los soberanos en ella.



Fig. n.º 7.- *Arco de triunfo de Puerta Nueva.*

LA JORNADA DEL 15 DE SEPTIEMBRE

A las nueve de la mañana del 15 de septiembre se inició la segunda jornada de Isabel II en Córdoba con la visita de los soberanos a la Mezquita-Catedral. Allí fueron recibidos por el obispo y dignidades catedralicias quienes, tras una ceremonia religiosa, enseñaron a los monarcas las joyas que encerraban la antigua mezquita de los Omeyas y las posteriores construcciones cristianas, deteniéndose especialmente en el mihrab, capilla de Villaviciosa y custodia de Arfe.

Tras recibir la bendición episcopal, Isabel II acudió a la cercana Casa de Hospicios, situada en el antiguo Hospital de San

Sebastián. El obispo y representantes de la Diputación se encargaron de recibir a la Reina, que recorrió todas las dependencias de la casa en cuyas salas estuvieron formados los niños acogidos y las amas de leche. A una pregunta de la Reina, la superiora de la Comunidad encargada de la gestión del centro contestó que había trescientos noventa acogidos más un recién nacido que acababa de ingresar. Isabel se interesó y, como quiera que aún no había recibido las aguas bautismales, dispuso que se preparara todo para administrar el sacramento. La infanta Isabel, como madrina, tomó en sus brazos al recién nacido, que fue bautizado con los nombres de Rafael Francisco de Asís María. El rey Francisco de Asís fue su padrino, mientras que Leopoldo O'Donnell, el marqués de la Vega de Armijo y el gobernador civil de la provincia firmaron como testigos. Esta inesperada acción fue acompañada por una disposición de la Reina en virtud de la cual la lactancia de aquel niño correría a cargo de una nodriza especial pagada por la Casa Real.

La noticia de lo sucedido en la Casa Hospicio corrió como la pólvora por la ciudad y fueron muchos los que clamaron por las calles vivas a la “protectora de los pobres” y “madre de los necesitados”. El efecto propagandístico y de acercamiento de la Corona a las clases populares que pretendía aquel viaje se estaba consiguiendo.

La siguiente visita regia fue a la Casa de Socorro, dependiente de la Junta Provincial de Beneficencia, tras la cual, y dado lo avanzado de la mañana, los egregios visitantes regresaron al Palacio Episcopal.

A las tres de la tarde estaba preparado el besamanos que se celebraría en el salón del trono de la residencia episcopal. La Reina, su esposo e hijos y miembros del Gobierno presidieron el solemne acto, al que acudieron todas las autoridades civiles, religiosas y militares y, posteriormente, las damas de la alta sociedad cordobesa encabezadas por la duquesa de Almodóvar.

Concluido el besamanos el programa recogía la presencia de los Reyes en una corrida de toros que debería comenzar a las cuatro de la tarde en el Coso de los Tejares que, desde media hora antes, presentaba un lleno total en los tendidos. Como era tradición en España, los espectáculos taurinos debían empezar con una absoluta puntualidad y esta tradición no se infringió en el anunciado para aquel día, aunque a la hora de su inicio aún no hubiese llegado la Reina. Así lo ordenó el presidente del festejo, el teniente de alcalde Agustín de Fuentes y Horcas. La reina



Fig. n.º 8.- Cartel de la corrida regia de 1862. Museo Municipal Taurino de Córdoba.

Isabel II llegó cuando acababa de lidiarse el segundo toro de la tarde y en ese momento ocupó el palco real entre las aclamaciones del público, el disparo de cohetes y la interpretación de la Marcha Real. Con la reina iban sus hijos ataviados a la andaluza. Isabel permaneció en el palco hasta el último toro; en cambio el príncipe de Asturias se ausentó en el quinto. Los morlacos eran de la ganadería cordobesa de Rafael José Barbero y fueron lidiados por Manuel Domínguez y Manuel Fuentes *Bocanegra*.

Las crónicas periodísticas se hicieron eco de la especial decoración de la plaza, con colgaduras rojas y amarillas en palcos y barandillas y alfombras para el acceso al lujoso palco real, así como del retraso de la Soberana y la ausencia del Rey consorte. El espectáculo fue calificado como excelente, con buen juego de los toros de la ganadería de Rafael Barbero y correcta actuación de las cuadrillas. Manuel Domínguez estuvo «algo desgraciado» en opinión del cronista, que alabó la labor de *Bocanegra*, especialmente su habilidad para estoquear a sus tres enemigos.²⁷

Después del festejo taurino la Reina acudió al Real de la Feria instalada en el Paseo de la Victoria. Allí se habían dispuesto ciento treinta casetas colocadas en forma de herradura, cubiertas de lonas blancas y rojas e iluminadas profusamente. En el centro del recinto se alzaba la levantada por la Diputación Provincial que iban a ocupar los reyes. En ella la Reina contempló diversos bailes cordobeses, como la ancestral danza de las espadas conocida como el Patatús, y la quema de un castillo de fuegos artificiales.

Antes de abandonar la caseta real de la Feria Isabel II recibió a un nutrido grupo de señoritas y niñas del Círculo de la Amistad que, ataviadas con blancos trajes, la obsequiaron con canastillas y ramos de flores. A eso de las doce y media de la noche la Soberana regresó a Palacio.

LA JORNADA DEL 16 DE SEPTIEMBRE

El tercer día de la visita regia, el 16 de septiembre, tendría como principal escenario la sierra cordobesa, hacia donde se dirigió a primeras horas de la mañana Isabel II acompañada de sus hijos y altos funcionarios de Palacio. No pudo hacerlo el Rey consorte, que amaneció ligeramente indispuerto.

²⁷ *Diario de Córdoba*. 16 de septiembre de 1862.

Por unos difíciles caminos que fueron arreglados para la ocasión por el ingeniero Francisco Milla, la comitiva llegó a las Ermitas, cuyas puertas se abrieron para recibir a la Reina de España. El obispo acompañado de los ermitaños la recibió a la entrada y en procesión se dirigieron a la capilla, donde se entonó un *Te Deum*. Isabel II recorrió el santuario y las ermitas y pasó a una tienda ochavada erigida en el llamado Balcón del Mundo, desde donde se podía contemplar un hermoso panorama.

Desde las ermitas la comitiva descendió hacia la Huerta de San Antonio, propiedad del marqués de Benamejí, acompañada en todo momento por espontáneas muestras de cariño de muchas personas que se congregaron en los caminos de la sierra. En la Huerta de San Antonio, cuyos jardines fueron decorados con banderas, gallardetes, arcos y guirnaldas de flores, se ofreció un espléndido almuerzo a la Reina y acompañantes.

A las cuatro de la tarde, tras descansar un rato, la Reina salió de la Huerta de San Antonio y regresó a Palacio. Allí recibió en audiencia a la Diputación Provincial, cuyo presidente aprovechó la ocasión para hacer entrega al Príncipe de Asturias de un magnífico caballo comprado a la ganadería de Rafael Barbero, obsequio que la Reina aceptó en nombre de su hijo. Seguidamente fue recibida una comisión del Ayuntamiento que ofreció un ejemplar de la *Corona poética* encuadernada en terciopelo azul en la que diversos vates cordobeses dejaron poemas, a cual más ampuloso y grandilocuente, alusivos a la visita real. Lugar común de todos ellos era la referencia a un pasado histórico de glorias y a un presente no menos venturoso que bien poco tenían que ver ni con la realidad del ayer ni con la pesadumbre del momento.

En la misma recepción, el director del *Diario de Córdoba* entregó a la Reina otra “corona poética” y Rafael González Urbano obsequió al confesor real, el arzobispo Claret, con una Biblia en diez tomos editada en 1793.

La jornada se cerró con una cena en el Palacio Episcopal a la que acudieron los recibidos en audiencia. No hubo actos nocturnos a causa de la indisposición del Rey consorte pero se trasladaron los fuegos artificiales al cercano Campo de los Mártires para que pudieran ser contemplados desde la galería del palacio.

UNA JORNADA NO PREVISTA: EL 17 DE SEPTIEMBRE

La enfermedad de Francisco de Asís hizo que se prolongara un día más la estancia de los reyes en Córdoba. La improvisada jornada del 17 de septiembre la dedicó la Reina a visitar hospitales, santuarios y conventos, comenzando con el del Cardenal Salazar. En su recorrido se incluyeron los conventos de religiosas de la Encarnación, Santa Ana y Capuchinas, la Real Colegiata de San Hipólito donde, acompañada del obispo y bajo palio, accedió al altar mayor para rezar y visitar los sepulcros de Fernando IV y Alfonso XI de Castilla, el Hospital de San Jacinto y su iglesia, el de Jesús Nazareno y la iglesia de San Rafael. El regreso al palacio se hizo por el Real de la Feria y la Puerta de Sevilla.

En estas visitas, concretamente en la realizada a la Colegiata de San Hipólito, se produjo una de las anécdotas del viaje regio: a la salida del templo una pobre mujer tomó la mano de la Reina y la besó mientras le preguntaba qué tal se encontraba en Córdoba; Isabel le respondió que no estaba contenta sino loca de alegría por el entusiasmo de sus gentes.

Al concluir la jornada la Casa Real puso a disposición del gobernador civil la cantidad de 206.000 reales para repartir entre los establecimientos de beneficencia y religiosos de la ciudad, pueblos del tránsito y cocheros y lacayos.

LA DESPEDIDA

El 18 de septiembre, a las doce de la mañana, estaba prevista la salida de la Familia Real y su comitiva hacia Sevilla por ferrocarril. A las once y media comenzaron a llegar a la Estación

los empleados de Palacio y poco a poco los dignatarios y ministros de la Corona, que fueron recibidos por las autoridades locales y provinciales. A las doce menos diez salió de la Estación una máquina llamada “Piloto” que precedería por razones de seguridad al tren real. Media hora después un repique de campanas y los acordes de la Marcha Real anunciaron la presencia de los Reyes en la Estación.

Isabel y Francisco de Asís se despidieron amablemente de sus anfitriones y en compañía de los ministros y del presidente



Fig. n.º 9.- *Las Ermitas de Córdoba.*

del Consejo de Administración de la línea férrea ocuparon los coches de honor, repartiéndose por los restantes del convoy los demás integrantes de la comitiva regia. La máquina que conduciría hasta Sevilla a los ilustres viajeros se llamaba “Príncipe Alfonso” y estuvo conducida por el señor Chateller y el ingeniero jefe de los ferrocarriles, señor Etienne.

A la una en punto el silbato de la locomotora indicó la partida del tren regio, que se fue abriendo paso entre la multitud

que se agolpaba a ambos lados de la vía. El tren frenó su marcha al pasar por las localidades cordobesas de Almodóvar, Posadas, Hornachuelos y Palma del Río, donde se levantaron los consabidos arcos triunfales y donde las autoridades locales y un numeroso gentío acudieron a saludar a los regios viajeros.

LAS CONSECUENCIAS DE LA VISITA REAL

El 6 de octubre Isabel II y Francisco de Asís regresaron por ferrocarril a Córdoba procedentes de Sevilla para continuar su periplo hacia Jaén y las provincias orientales de Andalucía. Un día antes habían pernoctado en la ciudad el Príncipe de Asturias y la infanta acompañados de su servidumbre. La segunda visita de Isabel II a Córdoba fue simplemente de paso, aunque no faltaron en ella dos espléndidos agasajos en la Estación y en la Choza del Cojo, punto de despedida hacia el arroyo Pedroches. Esta vez, solventadas las disputas con el conde de Torres Cabrera, los monarcas utilizaron sus magníficos coches de caballo en su breve recorrido por las calles de Córdoba.²⁸

Concluidas las visitas de la Corte, había llegado el momento de hacer balance de aquel acontecimiento. Durante los días 14 al 18 de septiembre Córdoba albergó a la Familia Real, su séquito y buena parte del Gobierno, lo que le permitió situarse en la primera línea de las noticias nacionales, algo poco habitual para una ciudad provinciana y aun de tono pueblerino como era la antigua capital del Califato. Todo parece indicar que el pueblo llano se divirtió con la pompa que acompañaba este tipo de visitas y con los festejos que se programaron, especialmente la feria de septiembre, la corrida de toros, las iluminaciones y los fuegos artificiales. Más protagonismo tuvieron las autoridades y

²⁸ La visita real está recogida con profusión de detalles en la prensa local (*Diario de Córdoba*) y en un opúsculo del cronista oficial de la ciudad (Maraver y Alfaro, 1862).

las familias aristocráticas que tanto abundaban en la capital, presentes todos en las recepciones y besamanos de la Familia Real.

Pero este acontecimiento no salió gratis. Los gastos, pese a las recomendaciones previas a la visita, fueron muy cuantiosos, como ocurriera en la anterior visita del rey Carlos IV y familia, y dejaron endeudada a la ciudad por varios años. Solo la Diputación empleó 1.079.485 reales, la mitad de los cuales correspondieron al crédito otorgado al Ayuntamiento, aunque el Gobierno solo había autorizado que se emplearan 596.613 reales que, en principio, estaban destinados al plan de carreteras provinciales. Se justificaron estas cifras entre otras cosas por la subida de la mano de obra y por tener que rehacerse lo destruido por la lluvia poco antes de la llegada de la Reina.²⁹

La mayor parte de estas cantidades se emplearon en construcciones efímeras, iluminaciones, comidas, bandas de música, fuegos artificiales, etc., o regalos, como los obsequios a la Familia Real –entre ellos el caballo obsequiado por la Diputación al príncipe Alfonso– y acompañantes. Es decir, en cosas que no tuvieron la más mínima repercusión sobre el bienestar de los cordobeses.

Otro capítulo importante fue la inversión realizada en la rehabilitación de los caminos de la Sierra para que la comitiva regia pudiera hacer la excursión a las ermitas, que ascendieron a 35.987 reales, y la de los arreglos de paseos y rondas de la ciudad, por valor de 96.316,47 reales, obras que sí redundaron en beneficio de la población.³⁰

²⁹ (Espino Jiménez, 2009: 288 y 289). Gastos similares se dieron en otras ciudades: en Jaén el Ayuntamiento recibió préstamos de banqueros locales que endeudaron las arcas municipales, y se necesitaron cinco años para amortizar los 2.000.000 de reales gastados, amortización que fue sufragada por los contribuyentes (López Cordero, 1992: 332-343)

³⁰ AMC. Viajes reales. C-0005. Doc. 032.

Inmediatamente después de marcharse los reyes de Córdoba se desmontó toda la arquitectura efímera que decoró la ciudad. Sus materiales, entre los que se incluían muebles, maderas nobles y telas de calidad, fueron subastados, así como todo el utillaje que se adquirió para uso de la Corte. Pero la subasta solo sirvió para recuperar unos 75.000 reales.³¹

La visita real de 1862, más allá de los gastos que supuso, se quiso presentar como una ocasión para acrecentar la popularidad de una Corona que iba en franco declive. No hay datos que expliquen si este objetivo se logró o no en aquellos momentos. La prensa local y las publicaciones solo aluden a la buena acogida que Isabel II tuvo en la ciudad y al cariño que le profesaron sus súbditos y resaltan los momentos de mayor acercamiento entre la Soberana y ellos. También insisten en las acciones caritativas de la Reina, especialmente los 206.000 reales que repartió a los pobres en los pueblos en tránsito, establecimientos benéficos, hospitales, asilos y conventos. Pero la situación de Córdoba y de las otras provincias andaluzas que recorrieron Isabel II y su familia, era de extrema gravedad y sus males difícilmente se iban a paliar con el simple ejercicio de la caridad. Por ello, el periplo regio de 1862, además de dejar una importante ruina económica en los Ayuntamientos y Diputaciones, no sirvió para mucho. Solo contribuyó a la diversión, a un efímero y poco eficaz contacto de la reina con su pueblo y a satisfacer momentáneamente los problemas de los más necesitados. Pero nada más.

Seis años después de esta visita, en septiembre de 1868, se inició en Cádiz un pronunciamiento militar que culminó en la llamada Revolución Gloriosa. Unos días después, tuvo lugar en las cercanías de Córdoba, en el puente de Alcolea, la batalla decisiva que consagraba el triunfo de la revolución y el exilio de

³¹ *Diario de Córdoba.*

Isabel II. Los mismos cordobeses que habían aplaudido a la reina cuando visitara la ciudad en 1862, celebraron el final de su reinado en la plaza de la Corredera aclamando al vencedor de Alcolea, el general Serrano, y cantando una letrilla que decía:

«Ayer reinaba Isabela,
reina constitucional.
Hoy es una desterrada
y yo soy mi Real Majestad».

Es evidente que los propósitos que O'Donnell buscó en aquella gira real de 1862 no alcanzaron los objetivos previstos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Gavilán, Enrique (1998): “Las visitas reales a Córdoba”, en *Cuadernos del Sur*, suplemento del *Diario Córdoba*.
- Alfonso Candela, José R. (Don Cuarteo) (1998): *Córdoba taurina*. Málaga, Imprenta Alcalá. Sin fecha de edición. págs. 4 y 5.
- Campos, José (1998): *Ganaderías cordobesas de reses bravas. Catálogo, 1795-1995*, Córdoba, Ed. Cajasur.
- Díaz del Moral, Juan (1968): *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza Editorial.
- Espino Jiménez, Francisco Miguel (2009): *Administración territorial y centralismo en la España liberal: la Diputación Provincial de Córdoba*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial.
- García Parody, Manuel Ángel (2013): “Festejos en la visita de Carlos IV a Córdoba”, en *Revista de Estudios Taurinos*. núm. 33, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, págs. 93-131.
- López Cordero, J.A. (1992): *Sociedad y economía del Jaén isabelino*, Granada, págs. 332-343.
- Maraver y Alfaro, Luis (1862): *La Corte en Córdoba. Reseña histórica de la recepción y estancia de SS.MM y AA en la provincia de Córdoba en 1862*, Córdoba, Imprenta de Don Rafael Arroyo.
- Montis, Ricardo de (1989): *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)* Tomo II. Córdoba, Autor-editor, Edición facsímil.

